

siento como loco, tonto, maniático ó no sé qué... Yo no puedo olvidar lo que debo á las buenas madres... yo no quiero dejar esta casa; pero yo quiero... yo deseo probar que Tilín sirve para algo más que para sacristán de monjas.

—Tilín, tú eres un ambicioso, un alucinado, un pecador que está sediento, sí, con la abrasadora sed del mundo—dijo la madre tomando tanto interés en aquel tema que sus mejillas se tiñeron de ligero rosicler.—Tú estás dominado por Satanás que te quiere arrastrar al mundo, al pecado. Tu alma se pierde, Tilín; que se pierde tu alma... Cuidado, detente, cuidadito, hijo mío... Por ser ambicioso como tú, un hermano mío á quien quise y quiero con toda mi alma, ha sido muy desgraciado. Abandonó la casa de mis padres, metióse en las bullangas del mundo y hoy le tienes emigrado, pervertido por el jacobinismo. Es al mismo tiempo el amparo y el tormento de mi anciana madre.

Cruzó las manos como si suplicara y parecía que de sus enrojecidos ojos iban á salir lágrimas.

—¿Qué deseas tú, qué quieres?—añadió.—¿Cuál es tu ambición? ¿Quieres ser rico?

—No.

—¿Quieres ser poderoso?

—No.

—Si no estuvieras en esta santa casa, ¿qué posición, qué oficio elegirías tú?

Tilín irguió su cabeza, y echando lumbre por los ojos exclamó prontamente:

—El de soldado, el de guerrero.

—¡Ah!—exclamó burlonamente Sor Teodora de Aransis, arrancando unas hojas de sándalo y oliéndolas.—¿Con que lo que te gusta es matar gente?... ¡Bonito oficio! ¡Oh! se puede ser guerrero y santo al mismo tiempo. Ahí tienes á San Fernando, á San Jorge, á San Luis. En el mismo cielo hay milicias angélicas de que es capitán el gloriosísimo San Miguel.

La expresión profundamente desconsolada del rostro de Pepet indicaba que no era su deseo figurar en las milicias del cielo, sino en las de la tierra.

—Yo soy un desgraciado que delira despierto—murmuró con desaliento.—Si usted me promete no reirse, yo le contaré todo lo que pienso y siento, cosas que ciertamente la maravillarán, haciéndole sentir por mí... no sé si diga interés ó lástima.

—Quizás las dos cosas. Ya te escucho.

La monja se sentó en un banco de piedra. Pepet en una carretilla de transportar tierra.

IV

—Yo, señora—dijo Tilín,—no tengo vocación para la Iglesia ni para estar metido entre monjas. Desde muy niño, y cuando andaba sólo por los montes de Cadí saltando de peña en peña y descogándome por los precipicios y trepando á los picachos y me-

tiéndome en las cuevas donde se esconden las bestias feroces y vadeando torrentes y rompiendo jaras y malezas como el jabalí que se abre paso con los dientes; desde entonces, señora madre, yo no tenía más que un pensamiento... ¿cuál? pues meter ruido en el mundo. Me parecía que yo estaba destinado á hacer trastornos, á luchar... y vencer se entiende; todas mis trapisondas habían de concluir con vencer, poniendo bajo mis piés á los pillos que no habían querido reconocer mi grandeza.

La monja sonreía.

—Ya sé que la señora se reirá de mí. Es natural; ¡cosas de chiquillos! Dicen que todos los chiquillos sueñan como yo soñaba, aunque cada cual según sus gustos; aquél sueña con verse obispo echando bendiciones, el otro con verse en un teatro representando comedias. A mí nunca me dió por tales simplezas, sino por arremeter espada en mano contra mucha gente y destrozarla y poner mi ley sobre todas las leyes... Después he ido conociendo bastante el mundo, y á veces me he reído un poquillo, como la señora se está riendo ahora... Pero ¡qué triste es reirse uno mismo de sus propias cosas, de todo aquello que ha soñado y visto en la niñez!... Muchas cosas que eran grandes se han vuelto chicas delante de mis ojos... Yo he crecido, yo he llegado á hombre y todavía sueño. No, no nací yo para estar metido entre monjas. Yo vivo con dos vidas, la del sacristán y la del guerrero; con la primera enciendo

velas, ayudo á misa, fregoteo plata, toco la campana; con la segunda mando ejércitos, conquisto plazas, allano ciudades, destruyo pueblos, aplasto tronos, conduzco á los hombres como rebaños de carneros, quito y pongo fronteras, todo esto sin dejar de ser el mismo Tilín de siempre, sin enfatuarme en mi persona, ni gastar lujo, ni probar más alimento que el de los campos de batalla, un pedazo de carne y un vaso de vino, durmiendo sobre el suelo con una cureña por almohada, escribiendo mis órdenes sobre un tambor; siempre valiente, señora, y siempre sencillo, que es la manera de ser siempre grande.

Sor Teodora de Aransis miró á Pepet de un modo que revelaba tanta curiosidad como admiración. Después, expresándose maquinalmente como el corista que repite una fórmula litúrgica, dijo:

—Vanidad de vanidades.

—A veces he creído que estas vidas, señora, venían la una de Dios nuestro padre, y la otra del Demonio malo que inventa tantas picardías para perdersnos. Pero no; Satanás no tiene nada que ver en esto. Dios es el que me ha puesto este fuego dentro de mí. Hay cosas que no pueden venir más que de Dios: eso se conoce, sí, lo conozco en que cuando pienso en las guerras, todo mi afán de revolver y alborotar en el mundo tiene el objeto de hacer justicia y castigar á los bribones, y poner sobre todas las cosas la religión, y sobre todos los hombres al mismo Dios.

La madre se quedó meditabunda con la mejilla sostenida en la palma de la mano y balanceando el cuerpo hacia adelante. Ya no decía "vanidad de vanidades," sino:

—Vaya con Tilín... vaya con Tilín.

—Dios—añadió éste—fué quien me llevó á la biblioteca del señor capellán, donde los libros de historia acabaron de enloquecerme, presentándome escrito lo que yo había supuesto, y ofreciéndome vivo lo que yo había visto soñado. De tanto gozar, yo padecía leyendo, señora. Figurábame que era yo mismo el autor de tantas proezas y que las había realizado en otra época remota y olvidada. Yo decía: "Lo que fué podrá volver á ser, y tan hombre soy yo como César." Pero al decir esto miraba mi sotana y caía como un pájaro á quien una bala parte el corazón cuando va volando por el cielo... ¡Mi sotana! Aquí tiene usted el Demonio, señora; el verdadero Demonio mío es mi sotana.

Tilín dió un puñetazo en el banco de piedra, con tanta fuerza, cual si sus manos tuvieran la culpa de su desgracia.

—Sí, señora—añadió,—yo llamo el Demonio á este perro destino mío que me ha puesto en situación de no poder ser nunca nada. ¡Un sacristán de monjas! No; en todo lo que he leído no he visto que ninguno de los grandes guerreros fuera en su juventud lo que yo soy. O nacieron en el trono ó entre la nobleza, y los que nacieron en el pueblo fueron soldados desde su niñez y jamás conocieron otro oficio. Algunos han dado saltos muy

grandes pasando de una posición á otra; pero ninguno vió delante de sí distancias como las que yo veo... ¡Sacristán de monjas!... No, no se concibe que se empiece la vida en una sacristía y se continúe en el Capitolio, ó en el campo de Mantinea ó en el de Cerinola ó en Narwa, donde Carlos XII de Suecia con ocho mil suecos derrotó á ochenta mil rusos. Todos esos hombres han demostrado desde su primera edad el destino que Dios les había dado, y hasta sus nombres parece que son los más propios para la inmortalidad. Epaminondas, Hernan Cortés, el gran Federico no habrían sido nada si hubieran estado donde yo estoy y se hubieran llamado como yo me llamo. ¡Ay! este nombre mío es mi muerte, mi esclavitud. Parece que tener este nombre es lo mismo que estar encerrado dentro de un arca de hierro ó debajo de una losa enorme. Dígame usted, señora madre, con toda franqueza si no es así. ¡Ay! ¿cree usted que Hernan Cortés habría conquistado Méjico si en vez de llamarse Hernan Cortés se hubiese llamado Tilín?... No, yo no concibo un libro de historia que se titule: "De la conquista de tal ó cual reino por Tilín I," ó "Relación de la batalla que ganó Tilín al emperador Fulano."

Las quejas amargas del pobre Pepet revelaban juntamente con la energía de una vocación entusiasta, el candor más extraordinario. Aquel cachorro de león que mostraba la garra, tenía aún la boca teñida con la leche de la leona madre. La monja le miraba aten-

tamente y mirándole revolvía en su cabeza atrevidos y desusados pensamientos que rara vez, como no sea en España, ocupan el amodorrado cerebro de una religiosa. No decía nada por temor de decir demasiado con una sola palabra.

—Y yo—continuó Tilín con acento de desesperación,—no sólo veo en mí grandes esorbos para el cumplimiento de mi destino, sino que los veo también fuera. Ya en el mundo no hay guerras. Todo está quieto. España quiere paz y más paz. Después que echamos á los franceses y quitamos á los liberales, no queda nada que hacer. Ni siquiera tenemos un rey intruso á quien combatir: no tenemos más que el legítimo, el verdadero, aquél en quien no se puede poner la mano. Nada, señora, paz y más paz es lo que se ve á derecha é izquierda.

—¿Paz?—preguntó Sor Teodora de Aransis, con graciosa ironía.

—Sí, señora, paz.

—Pues yo no la veo.

La monja irguió su hermoso cuello, moviendo su cabeza y arqueando las cejas con expresión enteramente mundana.

—Yo no veo sino guerra—dijo después de una pausa, durante lo cual miraba delante de sí, como se mira á un espejo.

—¿En dónde está esa guerra?

—En España.

—¿En España? No hay guerra por ahora.

—Pero la habrá—afirmó Sor Teodora con aplomo.

—¿Por qué motivo? ¿No tenemos Rey? ¿Acaso podrán levantarse otra vez los liberales?

—No se levantarán. Pero los masones tienen minado el trono.

—¡El trono!—exclamó Pepet lleno de confusión.—Es el más seguro del mundo.

—Tal vez no.

—¿No tenemos Gobierno absoluto?

—A medias; Gobierno con puntas de masonónico, que no se decide á poner la religión por encima de todo... Veo que no entiendes una palabra, Tilín. Nosotras, que jamás salimos de esta casa, conocemos lo que pasa en el mundo mejor que tú. En la biblioteca del padre capellán no aprenderás sino cosas muertas y pasadas para siempre. Voy á explicarte lo que ignoras, fiando en tu discreción y en el respeto que me tienes. Has de guardarme el secreto, porque esto no lo saben aún sino pocas personas.

Tilín prometió á la señora ser más reservado que un sepulcro; y con tal declaración, ella cobró ánimos para hablar de este modo:

—Te equivocas grandemente al suponer que tendremos paz. No, hijo mío; guerra, y guerra muy empeñada y tremenda nos aguarda. Todo está por hacer: con la derrota de los liberales no se ha conseguido casi nada; todo está, pues, del mismo modo; la religión por los suelos, la Inquisición sin restablecer, los conventos sin rentas, los prelados sin autoridad. Ya no tenemos aquellos gloriosísimos días en que los confesores de los Reyes go-

beraban á las naciones; se publican libros que no son de religión, ó le son contrarios; en pocas materias se consulta al clero, y muchas, muchísimas cosas se hacen sin contar con él para nada. ¡Qué vergüenza! Es verdad que no hay Cortes; pero hay Consejos y ministros que son todos seglares y carecen de la divina luz del Espíritu Santo. No gobiernan los liberales, es verdad; pero ello es que, sin saber cómo, gobierna algo de su espíritu, y las sectas, las infames sectas masónicas, no han sido destruidas. El ejército, que se compone absolutamente de masones, no ha sido disuelto y desbaratado, y en cambio están sin organizar los voluntarios realistas. Mil novedades execrables han sustituido después de aquella horrorosa tormenta, y en cambio no funcionan ya las Comisiones de purificación que habían empezado á limpiar el reino. ¡Cuánta ignominia! Es verdad que se han concedido mercedes al clero; pero los primeros puestos los han atrapado los jansenistas, y están en la obscuridad hombres que pelearon con la lengua y con la espada, en el púlpito y en los campos de batalla. Andan sueltos muchos, muchísimos que fueron milicianos nacionales y asesinos de frailes y monjas, y la masonería se extiende hasta el mismo trono, hasta el mismo trono, Tilín.

Absorto, anonadado estaba el sacristán oyendo aquellas graves razones que la monja decía con firmeza y devoción, añadiendo á su elocuencia, para hacerla más seductora, las gracias de su persona. No desplegaba sus la-

bios Pepet, y oía la voz de la dama cual si ésta fuera un ángel de Dios que había bajado del cielo con un recado para los hombres.

—Ese trono que tanto ha costado—prosiguió la madre con brioso entusiasmo, — que fué preciso defender, primero de los franceses y después de los liberales, no satisface las aspiraciones de nuestro católico reino. La religión no ha triunfado todavía, y es preciso que la religión triunfe. Santiago, nuestro glorioso patrón, no ha de permitir que sus escuadrones estén mano sobre mano. Lo que se puede hacer, ¿por qué no se hace? Contra la masonería, que es el gobierno de Satanás, se levantará la religión, que es el gobierno de Dios. Todo lo que se opone, ó si no se opone estorba al triunfo de la Fe, caerá; y si lo que estorba es un trono, caerá también. Veo que te asombras, Tilín; veo que te espantas.

—No, señora, no; Tilín no se asusta de nada que sea caída de cosas altas y enormes, hundimientos y choque de unas gentes con otras, sorpresas terribles, cataclismos y erupciones de la rabia humana... Pero yo no creía, no sospechaba que los derechos de nuestro Rey, tan deseado y querido, pudieran ser puestos en duda.

—Culpa será de quien no ha sabido seguir el camino que le trazó la divina Providencia —replicó vivísimamente la exaltada monja. —¿Tú no sabes que hay un príncipe insigne, ferviente católico, amante de su pueblo, fiel cumplidor de los preceptos de la Iglesia, y que hasta en sus menores actos demuestra

que vive para la fe y por la fe? Ese príncipe santo se rodea de los varones más sabios, de los prelados más virtuosos, de clérigos previsores y de seglares devotísimos; ama la religión sobre todas las cosas, y para él la religión está sobre todo lo humano, y sobre pueblos y reino y monarquías: ese príncipe confiesa y comulga todas las semanas, dando así una lección á todos los príncipes de la tierra, y no se separa jamás de una imagen de la Inmaculada Concepción, que es su dulcísima patrona y consejera... ¿Quieres saber más?... ¿Necesito decirte más?

—Sí... sí—exclamó Tilín, que ya no tenía curiosidad, sino fiebre.

—La Religión debe triunfar, y para que triunfe es preciso que haya quien la defienda—dijo la monja asemejándose por su acento y su apostura á la sibila Cumana.—Tú dices que habrá paz, y yo digo que habrá guerra, guerra cruel y reñida... Nada te digo respecto á tu vocación ni á tu destino. Tú sabrás lo que haces. Únicamente he querido probarte que las circunstancias no son tan impropias como creías... que los tiempos son para cosas grandes, ruidosas y heróicas, que la vocación guerrera no tiene hoy nada de trasnochada, y que un hombre puede llamarse Tilín y sin embargo...

Cambiando bruscamente de tono y levantándose, añadió:

—Pero si anochece... ¡qué tarde! Tilín, corre á tocar el *Angelus*... ¡qué dirá la madre abadesa si me ve aquí charla que charla!...

Corre, hombre, corre... parece que estás lelo.

La monja se alejó apresuradamente. Tilín, inmóvil y con la vista fija en ella la vió desaparecer bajo la arquería del claustro, como una sombra que se difundía en la masa oscura de la noche. Lentamente marchó á la sacristía, y empuñando la soga del esquilón, tocó el *Angelus*. La campana, difundiendo su gangoso tañido por los aires mucho más allá de Solsona, hasta los montes lejanos, parecía proclamar aquel nombre irrisorio que debía ser el nombre de un héroe, y gritaba con insistencia: Tilín, Tilín.

—¡Jesús, María y José!—exclamaba la madre abadesa.—¡Vaya un modo de tocar el *Angelus*! Tilín se ha vuelto loco. Parece que toca á rebato.

Y los vecinos decían: "Las monjas cascabeleras están tocando á fuego."

V

Transcurrieron muchos días (eran los de Marzo de 1827) sin que Sor Teodora de Aransís volviese á departir tan extensa y acaloradamente con el sacristán de San Salomé, y en éste se acentuaron más las distracciones y los descuidos, llegando á cometer faltas de servicio que eran escándalo de las madres y desdoro del culto. Pasaba á veces la noche entera en la ciudad, y su trato era por demás adusto y misantrópico.

Una tarde de Abril presentáronse dos

damas en el locutorio. Era una de ellas hermosa por todo extremo, ricamente ataviada, con ademán un poco altanero y edad que podía sin gran seguridad suponerse entre los treinta y cinco y los cuarenta años. Vestía con lujo y sin remilgos, dando á entender que no la mortificaba ninguna cosa que diera realce á su belleza, tanto más cuanto que ésta iba necesitando auxilio para que no se conociera demasiado su occidente. Doña Josefina Comerford, pues este era el nombre de aquella histórica dama, era una belleza en decadencia; mas no por esto dejaba de ser magnífica, como es magnífica una puesta de sol. La mujer que la acompañaba parecía servidora.

Después de esperar breve rato, descorrióse la cortina que tapaba la reja, y una voz dijo:

—¡Oh! Josefina... no me habían dicho que era usted... Voy á mandar que se le abra la puerta.

—Mande usted abrir y entraré—repuso doña Josefina mirando al través de la reja sin ver nada.

Después dió algunos paseos por el locutorio con desenvoltura y muestras de impaciencia. Miraban al suelo, como miran los hombres cuando tienen un grave proyecto entre ceja y ceja.

Por fin una vieja criada del convento se presentó á ella, cerró la puerta del locutorio que daba á la calle, mandó á la servidora que esperase allí, y haciendo señas á doña Jose-

фина para que la siguiese, condújola por un pasadizo obscuro que iba á parar al claustro. Desde allí no necesitó guía la de Comerford para dirigirse á la sala interior del locutorio, donde la aguardaban tres monjas.

Era la sala grande y no muy clara á pesar de la blancura de sus paredes. Zócalo de pintados azulejos cubría hasta la altura de una vara la parte inferior de aquéllas, y sencilla y añosa estera de esparto libraba los piés de la frialdad de los ladrillos. Un tríptico de relevante mérito y dos ó tres cuadros oscuros y muy borrosos en que apenas se distinguían el cordero de San Juan ó el caballo de San Martín ó el hábito de San Bernardo, por ser trozos pintados con blanco, compendiaban el interés iconográfico de aquella sala. En ella reinaba mortecina y difusa claridad roja producida por la transparencia de las dos cortinillas encarnadas que cubrían las ventanas. Media docena de sillones y un gran banco que parecían ser las obras más ingeniosas de la Inquisición, por lo duros, incómodos y rígidos, servían para martirio de los huesos. En uno de ellos se sentó la visitante después de saludar á las tres monjas una tras otra.

La claridad roja daba al rostro de doña Josefina el aspecto de una llamarada en figura humana, con lo cual se avenía perfectamente el inextinguible ardor de sus palabras. Las tres monjas, encendidas también, y asemejadas en cierto modo á sanguinolentos espectros, ocupaban sus puestos con co-

recta simetría, haciendo honor á los sillones de nogal por la tiesura con que se sentaban en ellos. Trabóse al punto vivísima conversación en lengua catalana.

—Ayer esperábamos á usted—dijo la madre abadesa

—No se puede, no se puede, señora—repuso la de Comerford.—Van los negocios muy atrasados. Acabo de llegar de Berga y apenas he tenido tiempo para vestirme... Debo salir esta noche misma para Manresa; el tiempo es corto. Diré en pocas palabras lo que tengo que decir y hasta otro día.

—También nosotras seremos breves—indicó la madre abadesa moviendo un brazo.

—Ante todo, díganos usted... ¿Es cierto que han sido ahorcados Planas y Lloret?

—Cierto es que la serpiente nos ha herido á dos de nuestros bravos leones—dijo la de Comerford con vehemencia.—Pero todo no puede ser flores. Ha de haber muchas víctimas y no pocos mártires. Si no los hubiera no sería tan santa nuestra causa... Las partidas que hoy existen no tienen más objeto que ir tanteando á los pueblos en los límites del Principado. Más adelante se verá quién es Cataluña. Ahora lo que nos importa es que la empresa no se malogre por precipitación. De eso nos ocupamos, y si las órdenes se cumplen bien se conseguirá el objeto. Tenemos de nuestra parte muchas autoridades militares que se han vendido en secreto. Algunos sospechan que nos harán traición; yo no lo creo. Además, de Madrid vienen un día

y otro las mayores seguridades de que tendremos apoyo en altas esferas. ¡Ay! aquella celosa Junta no se duerme en las pajas. Ha sabido unir todos los deseos en uno solo, y hoy, amigas mías, muchos personajes de aquí y de allá que tenían distintas opiniones, piensan ya de la misma manera. El acuerdo es perfecto, puedo asegurarlo á ustedes, entre el arzobispo de Tarragona, el Sr. Miguel vicecancelario de Cervera, el padre Barri de Santo Domingo, el Sr. D. José Corrons, lectoral de Vich, el domero de Manresa, el guardián de Capuchinos de esta ciudad y el valiente entre los valientes nuestro indomable Jep dels Estany. Las instrucciones que ha recibido de Madrid la Junta son precisas y resuelven todas las dudas que había en puntos muy esenciales; los escrúpulos de algunos se han disipado; el beneplácito de la Santa Sede es ya evidente y aun se tiene por segura la protección de la Rusia y de la Francia. ¿Qué tal? En el palacio de Madrid se sabe todo lo que pasa aquí, y no se dará un paso por estas leales montañas que sea hijo del acaso ó del capricho, sino que todos, chicos y grandes nos moveremos con arreglo á un plan admirablemente concertado. ¡Oh! amigas mías, regocijémonos, entusiasmémonos con la idea de que esta tierra de cristianos tendrá al fin el verdadero gobierno cristiano.

—¡Loado sea el Señor!—exclamó la abadesa moviendo por igual los dos brazos.—Este acuerdo entre tales varones nos prueba que

no obedecen al capricho ni á la fantasía, sino á una voz divina que en el interior de todos ellos ha sonado. La Virgen Santísima sea con ellos. Ahora bien, amiga querida, puesto que para gloria y salvación nuestra nos corresponde hacer algo en la medida de nuestras escasas fuerzas, en pró de la causa del Señor, aquí estamos aguardando las órdenes de la Junta de Manresa, de la cual es usted órgano tan precioso.

—A eso voy, amiga mía—dijo doña Josefina acercando más su inquisitorial sillón al de las madres.—Primeramente, al dinerillo que ustedes tienen en depósito se unirá dentro de poco el que se está recaudando en esta diócesis de Solsona y parte del que vendrá de Madrid. Lo entregará el señor deán de esta Santa Iglesia Catedral y ustedes lo darán á Jep dels Estanys, á Caragol ó á Píxola, previa presentación de un vale reservado y en cifra donde se especificará la suma. También podrá usted recibir dinero del alcalde de Solsona ó dárselo. Aquí traigo la clave de la cifra y la explicaré para que no hallen dificultades en el momento preciso.

Doña Josefina sacó un papel de su ridículo (porque doña Josefina llevaba ridículo), y acercándose á las madres explicóles durante corto rato los signos y combinaciones que aquéllas debían conocer. Después, la simetría que se había alterado cuando se inclinaron en una misma dirección las tres señoras, volvió á restablecerse.

—He comprendido perfectamente—dijo

melifluamente la abadesa.—Se hará todo como lo mandan los señores. Dulcísimo es para nosotras prestar este concurso á obra tan insigne.

Era la madre abadesa señora muy redicha, como se habrá observado. Tenía buen fondo; pero el fanatismo le había sorbido los sesos. Lanzada por las bullidoras eminencias del país á los torbellinos de una odiosa conspiración, había llegado á olvidar el lenguaje sencillo, dulce y místico de las mujeres encaustradas, adoptando un tonillo presuntuoso con puntas de diplomático, que era como un eco del charlar vehemente de la gran alborotadora catalana Doña Josefina Comerford, la cual solía dar á la expresión de su fanatismo algo de la atropellada falcundia de los clubs.

—Ahora, amigas de mi alma—manifestó doña Josefina,—ahora que todo lo material está preparado, falta tan sólo que se esgriman aquellas armas sutiles contra las cuales no pueden nada los más altos torreones ni la artillería más formidable: hablo de las armas de la oración. Yo, como pecadora, poco puedo alcanzar con mis preces; pero ustedes, amantísimas esposas del que da las victorias, del que con sus batallones de ángeles tiene á raya al Malo, pueden conseguir mucho. El auxilio de la devoción y la piedad es de gran precio. El señor lectoral de Vich dijo delante de mi á las clarisas de aquella ciudad: "Las lágrimas suplicantes de los débiles darán á los fuertes la victoria."

La madre abadesa se inclinó de un lado cruzando las manos, en señal de la magnitud de su emoción, y entonces alteróse por completo la simetría del grupo. Al mismo tiempo dejóse oír una voz hueca, telarañosa, si es permitido decirlo así, una voz gastada y obscurecida por los años, la cual voz provenía, según todos los indicios, de la carecomida la-ringe de la señora monja que se sentaba á la derecha de la madre abadesa, y que hasta entonces había sido mudo testigo de la conferencia. Aquella voz dijo con lastimoso tono:

—¡Oh! ¡si pudiera conseguirse tan alto fin con las oraciones!... Todos los lectorales de Vich y todos los prelados de la cristiandad no me convencerán de que la causa del Señor y el triunfo de su Fe hayan de conquistarse con guerras, violencias, brutalidades y matanzas. Doña Josefina ha hablado de las oraciones, como aprestos de guerras... Esos, esos solos deben ser los sables, los cañones y los fusiles de los regimientos de Jesucristo.

Alzando sus brazos, á que daban majestad las amplias mangas blancas, la monja se animaba. Era una mujer anciana y cadavérica, cuyas palabras sonaban con no sé qué tono de prestigio y autoridad, como palabras salidas de la tumba.

Antes que la última sílaba de la anciana religiosa acabase de vibrar, oyóse en la sala una pequeña exclamación, una de esas ligeras inflexiones de voz que son como el preludio de una risa de desdén. Provenía este bu-

llicio de la tercera monja, que aún no había dicho nada y estaba sentada á la izquierda de la madre abadesa. Sonó después la risa y luego estas palabras:

—¡Qué cosas tiene la madre Monserrat!

El delicioso y fresco timbre de la voz, la gracia de la entonación y el festivo reír indicaban claramente la persona por demás simpática de Sor Teodora de Aransís.

—Es lo que me quedaba que oír—añadió con desenvoltura.—¡Que las sectas y el imperio de los malos puedan derribarse con oraciones! ¡Que una nación invadida por herejes sea limpiada por rezos de monjas!... Decir eso es vivir en el Limbo. Bueno es rezar; pero cuando el mal ha tomado proporciones y domina arriba y abajo, en el trono y en la plebe, ¿de qué valen los rezos?... ¿Por qué tantos ascos á la guerra? La guerra impulsada y sostenida por un fin santo es necesaria, y Dios mismo no la puede condenar. ¿Cómo ha de condenarla, si él mismo ha puesto la espada en la mano de los hombres cuando ha sido menester? Nos asustamos de la guerra, y la vemos en toda la historia de nuestra Fe, desde que hubo un pueblo elegido. ¿No peleó Josué, no peleó Matatías, gran sacerdote, no pelearon los Macabeos y el santo rey David? Bonito papel habría hecho San Fernando si en vez de arremeter espada en mano contra los moros, se hubiera puesto á rezar, esperando vencerlos con rosarios. No es tan mala la guerra, cuando un apóstol de Jesucristo se dignó tomar parte en ella, con su manto de

peregrino y caballero en un caballo blanco, repartiendo tajos y pescozones. La guerra contra infieles y herejes es santa y noble. ¡Benditos los que mueren en ella, que es como morir en olor de santidad. En el cielo hay un gran lugar placentero destinado á los valientes que han sucumbido peleando por Dios.

Sor Teodora de Aransis se agitó hablando de este modo, y sus bellas facciones tenían el divino sello de la inspiración. Atendían á sus palabras con muestras de asentimiento doña Josefina y la madre abadesa; pero la madre Monserrat, dirigiendo una mirada rencillosa á la audaz defensora de la fuerza, rumió estas palabras:

—Hermana Teodora de Aransis, usted es una niña.

—Tengo treinta y dos años—repuso con brío la de Aransis, sin dignarse mirar á su contrincante.

—Y yo tengo setenta—afirmó ésta,—yo he visto guerras y usted no. Yo he visto las horribles calamidades de la guerra; yo he visto este santo asilo profanado, derribadas sus paredes á cañonazos y sus cláustros y celdas invadidos por una soldadesca infame. ¡Todo lo envilece, sí, todo lo envilece! Yo ví caer el ala del Poniente y desaparecer hechas escombros tres celdas arriba y el refectorio abajo, quedando sólo en pie lo que llamamos la *Isla*, donde usted vive; yo ví á tres hermanas degolladas y á otras injuriadas horriblemente. Los pocos cabellos que tengo se eri-

zan todavía en mi cabeza al recordar aquel día de Septiembre de 1810. ¡Vaya un día, Señor Dios sacramentado! ¿Cómo quieren que me entusiasme con la guerra? La aborrezco, le tengo miedo: el ruido de un tambor me hace morir... Esta buena Teodora de Aransis es una niña, piensa mundanamente á pesar de llevar algunos años dentro de esta casa, y tiene los espíritus muy levantiscos.

—No se trata ahora de soldados del infame Napoleón, señora—dijo Teodora burlándose.—Precisamente es todo lo contrario. Los soldados de la fe no darán sustos á la asustadiza madre Monserrat.

—Todos los soldados son iguales y todas las guerras odiosas... Hay cabezas tan duras, que no lo entenderán nunca.

—Y hay personas que jamás han tenido en su mollera ni pizca de discernimiento—dijo la de Aransis, con tono de sofocada ira.

—Y hay jóvenes que se olvidan del hábito que visten, renegando de la humildad y del respeto que se debe á las personas mayores—gruñó la madre Monserrat.

—Y hay espectros tan empingorotados y tan tiesos que hacen la oposición á todo, y con su cara de vinagre y su necio orgullo se hacen insoportables.

—Y hay monjillas tan casquivanas, que se componen y acicalan dentro de sus celdas, cuando nadie las ve, y no pueden olvidar que en tiempos muy desgraciados han ido á bailes y teatros.

—Y hay madrazas de cara verde, del pro-

pio color de la envidia, que han vivido setenta años encolerizadas contra todo lo que valía más que ellas, criticando lo que les era superior.

—Y yo sé de quien tiene la lengua muy larga...

—Y yo sé de quien la tiene llena de veneno...

—Y yo...

—Paz, paz...—exclamó la abadesa, extendiendo á un lado y otro sus blancas manos.

—La madre Teodora es demasiado vehemente—dijo doña Josefina guiñando el ojo á Sor Teodora,—y la madre Monserrat muy rigorista. Todo esto ha provenido de una opinión sobre las guerras. Yo creo también que la guerra es á veces necesaria, y que Dios mismo la dispone. Hay santos del combatir, como hay santos del ayunar. Pero no es esto motivo para que la madre Monserrat se enfade.

—Ni para que se altere la armonía que en estas casas debe reinar—expresó la madre abadesa con afectada unción.—En nombre de Nuestro Señor Jesucristo, que á todos perdonó, yo ruego á las dos hermanas que me oyen... sí, yo les ruego, como hermana y como superiora, que sofoquen al punto el rencor y se reconcilien dándose el ósculo de paz.

—Mi alma es incapaz de rencor—dijo la madre Monserrat.

—Yo perdono de todo corazón—murmuró Sor Teodora.

Se besaron. La vieja imprimió sus labios

sobre las hermosas mejillas de la joven, y ésta contestó al beso fijando apenas sobre la seca piel ajena sus frescos labios. Aquel besuqueo fué una ventosa contestada por una picadura. Doña Josefina, después de repetir sus instrucciones, se retiró.

VI

A pesar de los preparativos, cuya importancia se daba á conocer por la actividad bullidora de doña Josefina Comerford, pasaron los meses de Mayo y Junio en aparente paz. Cataluña parecía tranquila y desarmada. Solsona continuaba viviendo con aquella serenidad y monotonía que hacían las delicias de sus canónigos. La compañía medio organizada de voluntarios realistas y los pocos artilleros que prestaban el servicio militar dentro de los muros, más parecían figuras decorativas que soldados en la víspera de una batalla.

Cierto día de fines de Junio vió Solsona una cosa que dió mucho que hablar. Por la calle Mayor adelante iba Tilín vestido con el uniforme de voluntario realista. Su figura no era un tipo acabado de militar gallardía; pero él marchaba por la calle abajo con desenfado, aunque sin fanfarronería, indiferente á las habillitas que sus insólitos arreos suscitaban.

—Mejor le sienta la sotana—decían en los corrillos.—¿A dónde va ese holgazán con media vara de cartuchera y un quintal de mo-